

EL ECO URUGUAYO

PERIODICO POLITICO, LITERARIO, CRITICO Y NOTICIOSO.

DIRECTOR:—D. HERACLIO C. FAJARDO.

Imagen del Redentor

I. N. R. I.

Su frente circunda
Corona de espinas,
La sangre colora
Su nitida sien;

Dos clavos horadan sus manos divinas
Que al mundo trajeron el germen del bien.
Sus brazos tirantes, turjentes las venas,

Su pecho lanceado
Por fiero Sayon:
Purgando está el Justo
Las culpas ajenas
En crueles torturas
De horrible pasión.
Los hombres le escupen
Le befan, le humillan,
Mutilan su cuerpo,
Le azotan despues;
Las iras provocan
Del Dios que mancillan
Clavándole ¡infames!
A un leño los piés.

¡Qué ejemplo de humildad, Dios del altura!
¡Qué ingrato proceder el de tu hechura!

HERACLIO C. FAJARDO

El autor de esta composicion se propuso principalmente
colocar en el correspondiente sitio de la cruz, las palabras que
equivalen ó espresan las diversas partes que menciona del cuerpo de
Nuestro Señor Jesucristo. Por eso le dió el título de IMAGEN DEL REDENTOR.

SEMANA SANTA

El luto universal que visten los fieles en estos días en que la Iglesia conmemora la crucifixión del Redentor del Universo, tiene hoy doble objeto en nuestra aflita y cristiana población.

La calamidad pública que la diezma con implacable saña, las víctimas invalorable que han desaparecido de su seno, son otros tantos poderosos motivos para que el duelo general sea en estos días mas completo; para que el fervor religioso de la fiel Montevideo haga méritos acerca de la divina misericordia á fin de aplacar sus iras y levantar el anatema que nos abruma en el flajelo epidémico.

El que supo verter en el Calvario la sangre de sus venas por la redención del género humano, es bastante misericordioso para atender las súplicas de un pueblo que le adora, de un pueblo que á *EL* acude en todas sus solemnes circunstancias con la mas profunda fé, con la compuncion mas verdadera.

Confiemos, pues, en la divina providencia; acudamos con ruegos fervorosos á su supremo tribunal, á su bondad infinita, y esperemos de esta lo que no logran los esfuerzos de la ciencia humana, lo que solo aquella puede darnos:—el cese de la epidemia reinante que enluta nuestro pueblo, que diezma mas y mas la desgraciada familia Oriental, harto diezmada ya por las calamidades políticas que la han perseguido desde su infancia!

Una vez mas, renunciamos á nuestras propias miserables reflexiones sobre la trágica conmemoracion que celebra la Iglesia en estos días, por que nada podriamos decir tan elocuente y oportuno como lo que encierra el bellissimo canto que insertamos á continuación, y cuya lectura escusamos recomendar á nuestros fieles lectores, seguros de que la harán con avidez y nos agradecerán el que se la hayamos proporcionado con preferencia á toda otra.

MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ

Allí la homicida turba
Como una sierpe gigante
Sobre sí misma furiosa
Se arremolina, y combate
Por contemplar del profeta
El suplicio miserable.
¿Y dó está Miriam entonces?
—¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente
En medio á dos criminales;
Mirá tres cruces tendidas
Sobre la tierra culpable,
Y hombres de rostros crueles
Que abren los ojos fatales;

—¿Mas dónde está el hijo suyo?
—¡Pobre Madre!

Al fin pareció: mas, cielo!
¡Qué vista tan lamentable!
—¡Sin un harapo siquiera
Sobre sus desnudas carnes,
De cuyas hondas heridas
Brotó á torrentes la sangre!
¡El, tan honesto y tan puro!
—¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos
Con ciega furia arrastrándole
De la cumbre maldecida
Al sitio mas culminante,
Espusieronle á la mofa
De aquella turba salvaje.
¡Qué horrendo cuadro a la vista
De una Madre!

Tienden al Justo en seguida
Sobre la cruz infamante,
Lecho de honor que los hombres
De su amor en premio danle:
¡O ingratitud! ó demencia!
¡O ceguedad lamentable!
¿Dónde está entonces MARIA?
—¡Pobre Madre!

A una cercana caverna
Magdalena y Juan amantes
La arrastran:—sordo murmullo
Tal cual la voz de los mares,
O de borascas remotas
Al rebramar semejante,
¡Llega tremendo al oído
De la Madre!

De vez en cuando confusas
Elevábanse en los aires
Rechillas y maldiciones,
Risotadas espantables
Y denuestos furibundos
De aquel pueblo de chacales...
¡Y la infelice los oye!
—¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo
Reina por breves instantes:
¿Acaso le compadecen?
¿O alguna nueva barbarie
De la feroz muchedumbre
Calma el furor anhelante?
—¡Piedad del tigre no esperes.
¡Pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,
Como de golpe que cae
A un tiempo sobre maderas
Y despedazadas carnes,
Oyese un sordo ruido
Allá en la cumbre distante,
Y otro despues, y otro luego:
—¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida
Cual la azucena del valle,
Tiembla Miriam convulsiva,
Como si agudos clavasen
En su pecho los sayones
Sus damasquinos puñales.
¡Y vive empero y escucha!
—¡Pobre Madre!

¡Jamás confesor alguno,
Jamás valeroso mártir,
En fiero potro estendidos
Sufrieron tormentos tales!
¡Y empero de sus dolores
Aun vá el suplicio á aumentarse!
¡Flaca muger, infelice!
—¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce
De maderas y cordages
Se percibe, y lentamente
Se alza la cruz en los aires;
¡Y en ella al Hijo del hombre
Cual vencedor estandarte
Contempla atónito el mundo!
—¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto occidente
El desgarrado semblante,
Promete á aquellas regiones
Que por tan largas edades
Aguardan la luz, fecundos
Sus generosos raudales.
¿Y dó está entonces MARIA?
—¡Pobre madre!

Entonce el réprobo pueblo
Alzó con voz formidable
Un prolongado rugido
De feroce triunfo.—«¡Salve,
Le gritan, rey poderoso!
Si eres hijo de Dios, ¡baje
Tu poder desde esa altura
Dó ora yace!»

Y á su izquierda un foragido
De otra negra cruz colgante,
De su penosa agonía

En los postrimeros vales,
Aun le maldice sañudo;
Y él con palabras amantes
Así esclama: «¡Padre mio,
Perdonadles!»

Mas el momentáneo asilo
Deja Miriam, y sin ayes
Ni lágrimas, ni sollozos,
Pocos á dolor tan grave;
Hacia el lugar del suplicio
Vá con planta vacilante,
Como el mármol blanca y fria...
—¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio
A pocos pasos distantes,
Los furibundos sayones
Tigres sedientos de sangre
La vestidura inconsútil
Por suerte entre sí reparten.
Y ella contempla el despojo...
—¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvia
Del horror insoportable,
Hacia el cielo, y la mirada
Del Dios moribundo, cae
Desgarrando una por una
Sus entrañas maternales.
¡Por fin llegada es la hora!
—¡Pobre Madre!

En los anales del mundo
El hora mas memorable.
Vencida en ella es la muerte,
Vencidos los infernales
Espiritus, y aun la suma
Justicia, ¡aquel satisface
Sumo holocausto, inaudito,
De tal sangre!

En tanto, en medio del día
Sanguinolentos celages
Velan el sol: sobre el mundo
Caen las tinieblas palpables:
Las águilas roncós gritos
Lanzan de horror en los aires,
Y ahullan sobre la tierra
Los chacales.

Y del calvario maldito
El lóbrego paisaje
De negro mármol parece
Un catafalco gigante.
Reina el silencio del miedo
En las turbas criminales,

Y de horror tiemblan unidos
Tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo
Los que á su amor son leales,
Y vuelto á Juan y MARIA
Con voz de amor inefable,
« *Ve en él al hijo que pierdes* »
Dice á Miriam, y al amante
Dieípulo: « *¡Mira en ella*
A tu Madre! »

Y luego á mirar cumplidos
Los proféticos anales
De las santas Escrituras,
« *Sed tengo* » exclamó:—*¡en vinagre*
Bañada una grande esponja,
Dieron el crudo breverage
Al que es manantial de vida
Los infames!

Y gustado ya el veneno.
Con amoroso semblante
Clamó: « *¡Todo está cumplido!* »
Y lanzando un grito grande,
Inclinó la sacra frente
Y espiró.—Trémulos ayes
Pueblan el aire confusos...
—*¡Pobre Madre!*

En el supremo, vencedor momento,
Cuando en sus negros templos escucharon
Del sumo Dios el prostrimer acento,
Los ídolos inmundos vacilaron:
Del astro de Moises ya macilento
Los fugaces fulgores se apagaron,
Y el sol del Evangelio generoso
Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,
Ejemplo á endurecidos pecadores,
De enviar al bajo mundo altas señales
De sus justos terríficos furores;
Y apenas las tinieblas sepulcrales
Que envolvían al mundo en sus horrores
Comienzan á aclarar, su voz severa
Estremeció la creación entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,
Digna luz á tan hórridas maldades,
Sucedió un terremoto turbulento
Que en Asia derribó veinte ciudades (1):
Con insólita furia silba el viento,
Braman con ronca voz las tempestades,

(1) Plinio y Estrabon hablan de este terremoto cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.

Y el velo del santuario enaltecido
Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas
Que las marmóreas tumbas revestían,
Se lanzan de sus cárceles abiertas
Los que en el sueño del Señor dormían:
Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,
Espanto á los vivientes infundían
Los cadáveres vivos aun fajados,
Del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto
Que resuenan allá en la negra cumbre,
Se oye la voz de arrepentido llanto
Por sobre la revuelta muchedumbre;
Mientras oculta en los pliegues de su manto,
Imagen del dolor y mansedumbre,
Insensible al tumulto y gritería
Inmóvil y de pié se alza MARIA.

Y la mudable plebe contemplando
En redor los insólitos portentos
« *¡Este era hijo de Dios!* » iba clamando
Como á su hogar volvía á pasos lentos;
Y las mugeres de Sion, llorando
Entre tristes sollozos y lamentos:
« *¡Misera Madre!* » en su aflicción decían,
Y los ecos sus voces repetían.

J. H. García de Quevedo.

LA ADORACION

(FRAGMENTO DE LAMARTINE)

El hombre lleva en sí dos instintos siempre que piensa en Dios: el misterio y la adoracion.

A la razon humana incumbe ensanchar y aclarar el misterio; penetrarlo mas cada día, sin disiparlo jamás completamente.

La súplica es la necesidad del corazón de expandir sin cesar la imploracion útil ó inútil, escuchada ó no escuchada, como un perfume sobre los piés del Señor. Que este perfume caiga sobre ellos ó sobre la tierra, nada importa; él cae siempre en tributo de debilidad, de humildad y de adoracion.

Pero ¿quién sabe si es perdido? ¿quién sabe si la súplica, esta comunicacion sensible con la invisible Magestad, no es en efecto la mas grande de las fuerzas naturales ó sobrenaturales del hombre? ¿Quién sabe si la voluntad suprema no ha querido inspirarlo y exaudirlo por toda una eternidad en los que ruegan, y hacer así participar al hombre, por la invocacion, del mecanismo de sus propios destinos? ¿Quién sabe en fin si Dios, en su aislamiento eterno para con los seres emanados de él, no ha querido dejar al hombre este vínculo, como la cadena invisible que suspende

el pensamiento de los mundos hasta su escelsa morada? ¿Quién sabe si en la magestuosa soledad poblada por él solo, no ha querido que ese vivo murmullo, que ese coloquio inestinguible con su naturaleza se elevarse y descendiese sin cesar, sobre todos los puntos de lo infinito, de él á todos los seres que él vivifica, que abraza y que ama, y de todos estos seres hasta él?...

De cualquier modo, la súplica es el mas sublime de los privilegios del hombre, puesto que es el que le permite hablar á Dios. Aunque este fuese sordo á ella, nosotros le rogaríamos todavia; porque si su grandeza consistiese en no escucharnos, la nuestra consistiría en rogarle.

(Traducción de H. C. F.)

LA EPIDEMIA

Dedicada al Sr. Gefe Político de la Capital

Tercera Indirecta.

*Ay! en vano es machacar :
La Policía está sorda!....
Ni el mismo tifus la aborda
Cuando se llega á empacar.
(DE LA PRIMERA)*

Aunque parezcan negro sacrilegio
En juéves santo mis resueltos modos,
Y no haya conseguido privilegio
Para reirme mientras lloran todos;

Y por mucho que diga Juan Joaquin,
En su insípido diario *La Nación*,
Cuanto pueda inspirarle su majin
A fin que se decrete mi prision:

He de seguir, por Dios, en mi propósito
De indirectas lanzar á lo Tardáguila,
Puesto que es ante-higiénico el depósito
Y en materia de cárceles soy águila.

Dejémos, pues, las cruces á Fajardo
Que de ellas en verdad no necesita,
Y echemos á pasear al otro bardo,
Digno autor de la insigne *Cotorrita*.

—o—

Ay!....la epidemia sigue
Con sus estragos
Llevándose inclemente
Negros y blancos!
Y sigue el miedo
Matando, mas que el tifus,
Blancos y negros!

En todos los países
Se cuesen habas,
Y existen todo el año
Dolencias varias;

Pero en el nuestro
Hasta un dolor de muelas
Es el flajelo!....

De aquí deduce un topo
Lójicamente,
Que el miedo hace mas victimas
Aun que la fiebre.
Y yo deduzco
Que muchos hoy se mueren
De puro susto.

Y llevando adelante
Las deducciones,
Vendrá por consecuencia,
Pese al demontre,
Que el miedo es hijo
De la falta absoluta
De regocijos.

Y habiendo un funcionario
En la República,
Entre otros cargos gefe
De fiestas públicas,
Que no hace un pito
Por que hayan diversiones
En tal conflicto :

Por conclusion sacamos,
Lójica y clara,
Que el mas activo tifus
Es su cachaza;
Y que la gente
Que se muere de susto
A él se lo debe.

Ahora vamos á cuentas,
Lector amigo,
Para que te persuadas
Que hablo con juicio :
¿Qué es lo que impide
Que al ménos la retreta
Nos regocije?....

¿Le cuesta al señor gefe
Tan solo un cobre
Que tengamos retreta
Todas las noches,
A fin que el pánico
La música disipe
Con sus encantos?...

« Pero á él no le compete,
Dirá Barbosa,
Disponer de la música.... »
Sí, D. Juan B...orlas.

Que dé un repaso
A sus atribuciones,
Si lo ha olvidado.

—o—

Pero en vano me canso, en vano sudo
Por demostrar que es claro como el día
Que á la demanda con que ante ella acudo
Debe dar solución la Policía.

¡La Policía!... inespugnable muro!...
¿Qué digo?... sorda, inaccesible tapia!
Tribunal insensible, seco y duro!...
Baluarte de inarmónica prosapia!...

En vano me ilusiono, en vano espero
Todas las noches con el ojo alerta,
Temblando de pavor en mi agujero,
O bien chupando el frío de la puerta:

No se mueve en la calle ni una paja,
No se oye mas que al perro y la lechuza,
Y, envuelto en una especie de mortaja,
A algún sereno con linterna y chuza.

Mas nada de retreta, por supuesto!
Que aunque en pedir la yo me desgañito,
Es ya mas que probable manifiesto
Que á nuestro gefe no le importa un pito.

...Y luego que el fantástico sereno
Ha cantado las once, con fragor
Cierro la puerta de la calle, y trueno
Contra ámbos de despecho y de furor.

Ya no son rezos ni plegarias pías
Las que lanzo á la imagen desan Luis;
Son diatribas coléricas, impías,
Que hacen temblar de espanto la *Matriz*!...

Apago el cirio que encendi holonjo;
Cuelgo al santo en el patio por los pies,
A ver si á imitación de san Antonio
Hace así algún milagro por su vez.

¡Inútil esperanza de poeta!
Por que viene otra noche, y otras dos,
Sin ver ni por milagro la retreta,
Sin que lleguen mis súplicas á Dios!...

Entonces, con dos gémenes de cara,
Le retiro á san Luis mi devoción;
Que es como si á Barbosa retirara
El gobierno su ingente protección.

Y encojiéndome de hombros me pregunto
Si no es mas conducente y eficaz
Encargar al demonio del asunto
Que á san Luis, á san Pablo, ó á san Blas.

Y abriéndose repente el pavimento,
Surge una negra aparición en él,

Y con risa sardónica al momento
Me responde el mismísimo Luzbel:

«Es en vano machacar:
La Policía está sorda!...
Ni el mismo tífus la aborda
Cuando se llega á empujar.»

PLACIDO DOUCLAI, *o sea*
Horacio Fajardo.

ALEJANDRO DUMAS

Alejandro Dumas padre es un gran cocinero!
El mismo tiene de tal manera el sentimiento de su
superioridad en la ciencia de Carême, que me decía
un día:

«Aun no se me conoce; aun no se sabe de cuanto
soy capaz.... He escrito seiscientos volúmenes, pero
esto no es nada todavía, y día vendrá en que asom-
braré al mundo....

—¿De qué modo?

—Con la publicación de un libro que medito hace
diez años; de un libro sobre la cocina cosmopolita,
que coronará mis trabajos.

Ultimamente, cuatro ó cinco amigos de Alejandro
Dumas reciben la siguiente carta:

«Venid á comer tal día. La comida será preparada
por mí mismo. Habrán platos inéditos.

«Alejandro Dumas.»

La tal comida se componía de un potaje á la *Antony*; de intermedios (*hors d'œuvre*) á la *Enrique 3º*; de una empanada á la *Mosquetero*, en la cual habian faisanes, perdices, becafigos, liebre y trufas,—una olla podrida del mas eminente estilo: esta empanada monstruo habia costado cuarenta y cinco francos de hechura; además, de un asado á la *Don Juan de Marana*. Este asado era un simple conejo, pero qué conejo!

Para confeccionarlo es necesario tomar un conejo cebado vivo; se le abre el vientre en dos tiempos, esto es, en dos movimientos; se le vacía en un segundo y se le llena de un picadillo compuesto de toda clase de ingredientes desconocidos; en seguida se vuelve á cerrar la piel del conejo, que en caso necesario podría pasar por un conejo embalsamado, y se deja reposar el picadillo durante veinte y cuatro horas.

Pasado este tiempo, suspéndese el conejo por las patas ante un fuego vivo y se le dá vueltas sin cesar hasta que la piel estalla. En ese momento se descose el vientre del animal, y la piel se desprende por sí misma de la carne; con lo que se consigue un asado exquisito como jamas ha existido en la mesa del mas fecundo de nuestros novelistas ni del mas grande gastrónomo de los tiempos modernos.

Hubo aun en aquella comida la tortilla de rabos de cangrejo y salsa de tomate; los tallos de Burdeos á la *de Harmental*, el pollo frito en aceite á la *Montecristo*, sin contar los buñuelos á la *Veneciana*, y el perfecto helado á la *Torre de Nesle*.

Decididamente, Alejandro Dumas es un hombre de genio.

Al levantarnos de la mesa, Teófilo Gautier me decía:
—Si durante su vida el varon Hope hubiese conocido el talento de Dumas, le habria ofrecido cien mil

francos por año para que fuera su cocinero dos días de la semana.

Y que M. Véron se haya hecho una reputación europea de goloso y de político con la invención de un manjar tan mediocre como el que él ha bautizado con el nombre de—*Kramouski*!....

Traducción de H. C. F.

SECCION MOSAICA.

Destinada esta sección de nuestro periódico especialmente para los *hechos locales*, y no queriendo alarmar el espíritu de nuestros lectores con noticias epidémicas, que es todo lo que hoy desgraciadamente puede suministrar Montevideo, hemos suprimido en los últimos números aquella sección, que por otra parte muy poca amenidad ofrecía á nuestros indulgentes abonados.—Creemos por consecuencia que estos se reputarán mas que indemnizados con algunas traducciones como las que hoy les ofrecemos y le hemos ofrecido en los números anteriores.

—o—

TOROS EN LA UNION.

Al ménos esta buena noticia podemos hoy comunicar á nuestros lectores, y aun ésta algo *fiambre*, puesto que hace ya dos días que la publican los demás periódicos.—No importa!—Sabed, pues,—y por cierto que lo tendréis muy presente—que el domingo de pascua tendremos una corrida de toros en la Union, en la cual se estrenarán un primer espada y tres banderilleros recientemente venidos de Europa con reputación de buenos ó hábiles.

Es de esperar que ese día todos sacudiremos la tristeza y la preocupación de espíritu originadas por la epidemia, y nos lanzaremos ávidos de distracción á la única que hoy nos ofrece la infeliz Montevideo, ya que hasta de la retreta se nos ha privado, gracias á la ineficacia y hasta á la mala estrella de nuestras súplicas y de las *indirectas* del amigo Douclai!....

Y á fé que en cuanto á la influencia ejercida por ambos en el ánimo del Sr. Gefe Político, puede muy bien aplicárenos el refrán de—*Dios los cria, &c.*

—o—

Hasta el otro jueves

Los días santos que siguen á la aparición del presente número, no nos permiten ocuparnos del próximo, que debia salir el Domingo; por consiguiente nos despedimos de nuestros abonados hasta el jueves de la inmediata semana. Escusamos repetir que suspensiones de esta naturaleza no desfraudan en nada el abonamiento, desde que las mensualidades del *Eco* son meramente nominales, y que solo se entienden por la entrega y recibo de ocho números del periódico.

Así, pues, hasta el jueves de aleluya!

CONSIDERACIONES JENERALES

SOBRE EL DRAMA

POR

Victor Hugo

Traducidas para el Eco Uruguayo por C. A. F.

(Continuacion.—Véase pág. 151.)

¡Pero, esclamaran los rutineros, grandes génios han observado las reglas que rechazais! ¡Eh! sí, desgraciadamente! ¿Qué no habrían hecho pues esos admirables hombres, si se les hubiese dejado hacer? Al ménos ellos no han aceptado vuestras cadenas sin combatir; ¡es preciso ver como Pedro Corneille, hostigado en su *debut* por su maravilla del *Cid*, lucha para desasirse de Mairet, Claveret, d'Aubignac y Scudéry! ¡Como denuncia á la posteridad las violencias de esos hombres, que, dice él mismo, se hacen blancos de Aristóteles. Es preciso ver como se le dice, y citamos textos de ese tiempo; «¡Jóven, es preciso aprender antes de enseñar, y, á ménos de ser un Scaliger ó un Heinsius, eso no es soportable!» Corneille se subleva y pregunta ¿si es que se le quiere hacer descender «mucho mas abajo de Calleret». Aquí Scudéry se indigna de tanto orgullo, y recuerda á «este tres veces grande autor del *Cid*....» «Las modestas palabras por las cuales el Tasso, el mas grande hombre de su siglo, ha comenzado la apologia de la mas bella de sus obras, contra la mas agria y mas injusta censura que se hará quizá jamas. M. Corneille, agrega, prueba bien en sus respuestas que está tan lejos de la moderacion como del mérito de ese excelente autor.» *El Joven tan justo y dulcemente censurado* osa resistir; entonces Scudéry vuelve á la carga y llama á su socorro á la *academia eminente*: «Pro-nunciad, oh mis JUECES, un decreto digno de vosotros, y que haga saber á toda la Europa que el *Cid* no es la obra-gefe del mas grande hombre de Francia, pero si la ménos audaz pieza de M. Corneille mismo. Vosotros lo debeis, por vuestra gloria en particular y por la de nuestra nacion en general que está en ello interesada: quiero que los estrangeros que puedan ver esa bella obra-gefe, ellos que han tenido Tassos y Guarinis, crean que nuestros mas grandes maestros no son aprendices.» Hay en estas pocas lineas instructivas la táctica eterna de la rutina envidiosa contra el talento naciente, la que se continua aun en nuestros días, y que ha reunido, por ejemplo, una página tan curiosa á los jóvenes ensayos de lord Byron, Scudéry nos la dá en quinta esencia. De este modo, las obras precedentes de un hombre de génio son preferidas siempre á las nuevas, á fin de probar que decien en vez de subir; *Mélite* y la *Galeria del Palacio* colocadas mas arriba del *Cid*; des-

pues, los nombres de los que han muerto arrojados siempre á la cabeza de los que viven: Corneille apedreado con Tasso y Guarini (¡Guarini!) como mastarde se apedreará á Racine con Corneille, á Voltaire con Racine; como se apedreó hoy á todo lo que se levanta, con Corneille, Racine y Voltaire. La táctica, como se vé, es usada; pero es preciso que sea buena puesto que sirve siempre. Es aquí que es preciso admirar cómo Scudery, el fanfarron de esta comedia trágica, irritado, trata con rigor á Corneille, cómo descubre sin piedad su artillería clásica, cómo «hace ver» al autor del Cid «cuales deben ser los episodios enseñados por Aristóteles en los capítulos décimo y décimo-sexto de su poetica;» cómo fulmina á Corneille con el mismo Aristóteles «en el capítulo undécimo de su Arte Poética, en el cual se vé la condenación del Cid; con Platon en el libro décimo de su República; con Marcelin, en el libro vigésimo séptimo; se le puede ver; con las tragedias de Niobe y de Jephthé; con el Ajax de Sófocles; con el ejemplo de Eurípides; con Heinsius, en el capítulo sexto, constitución de la Tragedia, y Scaliger hijo en sus poesías; en fin, con los Canonistas y los Jurisconsultos en el «de las nupcias.» Los primeros argumentos se dirigen á la Academia, el último iba al cardenal; después de los pinchagazos, los palos; era preciso un juez para resolver la cuestión; Chapelain decidió; Corneille, pues, se vió condenado: el león fué embozalado, ó para decir como entonces, la *corneja* (Corneille) fué *desplumada*. He aquí la parte dolorosa de este drama grotesco; es después de haber sido así quebrantado en su primer paso, que este genio, completamente moderno, completamente creado por la edad media y la España, forzado á mentirse á sí mismo y á lanzarse en la antigüedad, nos dió esa Roma castellana, sublime sin contradicción, pero en donde, excepto quizá en el *Nicomedes*, tan burlado del último siglo por su arrogante é ingenuo aspecto, no se encuentra ni á la Roma verdadera ni al verdadero Corneille.

Racine experimentó los mismos disgustos, sin hacer la misma resistencia; ni su genio ni su carácter poseían la rigidez altiva de Corneille; retrocedió en silencio y abandonó al desden de su tiempo su hechicera elegía de *Ester*, su magnífica epopeya de Atalia. Se debe creer también que si él no hubiera sido paralizado por las preocupaciones de su siglo, si hubiese sido tocado con menos frecuencia por el torpedo clásico, no hubiese dejado de arrojar en su drama á Locusta, entre Narciso y Neron, y sobre todo no hubiese relegado entre bastidores esa admirable escena del banquete donde el discípulo de Séneca envenena á Británico en la copa de la reconciliación. ¡Pero, puede exigirse del ave que vuela bajo el recipiente neumático? ¡Qué de bellezas nos cuestan las *gentes de gusto*, desde Scudéry

hasta La Harpe! se compondría una bellísima obra de todo lo que su soplo árido ha secado en germen. Por lo demás, el genio de nuestros grandes poetas ha sabido penetrar á través de todos esos obstáculos; en vano se les ha querido encerrar con frecuencia entre las dogmas y las reglas; como el gigante hebreo, han llevado consigo sobre la montaña las puertas de su prisión.

Se repite, sin embargo, y sin duda se repetirá algún tiempo aun: «¡Seguid las reglas! ¡imitad los modelos; son las reglas que los han formado!» ¡Un momento! hay en tal caso dos especies de modelos: los que se han hecho después de las reglas, y antes de estos, aquellos después de los cuales se han hecho las reglas; luego ¿en cual de estas dos categorías debe el genio buscarse un lugar? Aunque sea duro siempre el estar en contacto con los pedantes ¿no es mejor mil veces el darles lecciones que recibirlas de ellos? Y después ¿imitar! ¿el reflejo vale lo que la luz? el satélite que se arrastra incesantemente en el mismo círculo, vale lo que el astro central y generador? Con toda su poesía, Virgilio no es sino la luna de Homero.

Y veamos: ¿á quienes imitan? ¿á los antiguos? acabamos de probar que su teatro no tiene ninguna coincidencia con el nuestro. Por otra parte, Voltaire, no quiere nada de Shakspeare, ni menos de los griegos: ya á decirnos por qué: «Los Griegos han aventurado espectáculos no menos escandalosos que los nuestros. Hipólito, quebrado por su caída, viene á contar sus heridas y á dar gritos dolorosos; Filocteto cae en sus accesos de sufrimiento: una sangre negra fluye de su llaga; Edipo, cubierto de la sangre que gotea aun de sus ojos que acababa de quitarse, se queja de las diosas y de los hombres; se oyen los gritos de Clitemnestra á quien degüella su propio hijo, y Electra esclama sobre el teatro: Herid, no la perdoneis; «ella no perdonó á nuestro padre. Prometeo está clavado sobre una roca con hierros que le atraviesan el estómago y los brazos; las Furias responden á la sombra sangrienta de Clitemnestra, con alaridos sin ninguna articulación. El arte, en tiempo de Esquiles, estaba en su infancia, como en Londres en tiempo de Shakspeare.» Los modernos... ¡Ah! ¡imitar imitaciones! ¡Gracia!...

¡SE VA!!!

¡Albricias!—Hemos oído la opinión de varios de nuestros facultativos y se nos ha asegurado que la epidemia va marcando un curso de decrecencia rapidísimo, y que en tres ó cuatro días habrá desaparecido completamente.—Los últimos muy raros casos que han habido, presentan una benignidad lisonjerísima.—Según uno de esos facultativos, en el estado en que se halla hoy la epidemia la cura es la regla general, la muerte la excepción.

¡Albricias, Montevideo! Probablemente tendrás unas verdaderas pascuas en las próximas.